

*Del proselitismo ideológico a la información
y la interpretación de la noticia: panorama
retrospectivo, a medio y corto plazo,
del periodismo contemporáneo en Tenerife,
1898-1991¹*

JULIO ANTONIO YANES MESA
Universidad de La Laguna

LOS AÑOS PREVIOS A LA GUERRA EUROPEA²

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL PERÍODO

A comienzos de siglo, el periodismo tinerfeño, en consonancia con el rezago socioeconómico de la formación social isleña, deambulaba por

¹ Para elaborar este apretado bosquejo del periodismo tinerfeño en el siglo actual, hemos procedido al estudio de todos los periódicos que conserva la hemeroteca de la Universidad de La Laguna. Desde el punto de vista científico, el resultado final ofrece dos secuencias de alcance bien diferente, la previa a la guerra civil, más definitiva al estar arropada por nuestra tesis doctoral y los subsiguientes trabajos complementarios que hasta el momento hemos acometido, y la posterior, que sobrelleva un carácter más hipotético al constituir, hasta el momento, un terreno prácticamente virgen para los historiadores. Tanto la concisión de nuestro relato como la reducción de sus apoyaturas a notas a pie de página generales que engloban, a un tiempo, la verificabilidad de los datos puntuales de varios periódicos, nos vienen impuestos por constituir el presente trabajo un artículo a publicar en una revista científica. Los límites cronológicos señalados en el epígrafe (1898-1991), de tan desigual carácter en cuanto a alcance y significado, pues aluden a un acontecimiento tan específicamente español como el «desastre» de 1898 y a otro de tan honda repercusión internacional como la caída del muro de Berlín en 1991, como quien no quiere la cosa, nos remarcen la espectacular evolución experimentada por el contexto estatal en nuestro período de estudio, en el que España ha pasado de un desolador aislamiento a una plena integración en la problemática internacional.

² Para más detalles sobre este período, véase el trabajo de Julio Antonio YANES MESA: «El diario conservador “El Tiempo”: una víctima informativa del “Pleito Insular” en los

etapas específicamente ideológicas sin atisbar, ni de lejos, el cometido informativo que ya paladeaba el de Madrid, Barcelona y Bilbao, vanguardias del sistema informativo español, por lo demás, uno de los más arcaicos del continente europeo. Años más tarde, en vísperas de la guerra europea, la sujeción del periodismo tinerfeño, y canario en general, a la política de partido, aún no había variado ni un ápice. Factores de muy diversa índole y con incidencia tan desigual en las Islas como las altas tasas de analfabetismo, la precaria infraestructura de comunicaciones en su doble vertiente interior y exterior, el férreo caciquismo y el subdesarrollo económico, al imposibilitar la autonomía de las empresas periodísticas, condenaban a los periódicos a la búsqueda de un mecenazgo político para sobrevivir con un mínimo de garantías. Y es que en el raquítico mercado de lectores y publicitarios de anteguerra, sólo las formaciones políticas de las Islas podían garantizar una mínima y fiel clientela de suscriptores y, en menor medida, de anunciantes, pues la publicidad aún desconocía su moderno rol mercantil en el Archipiélago. Como contrapartida, los promotores obtenían un vehículo cohesionador para su voluble correligionariado y, lo que era más importante, una exhibición palmaria de su poderío, dado que el simple proselitismo no bastaba como recurso político en la amordazada sociedad isleña de entonces.

La endeblez de las formaciones políticas de las Islas, con su elitismo, su inarticulación social y sus disidencias personalistas, junto a la generosidad de la legislación y la modestia y baratura de los propios periódicos, fueron los detonantes de la efervescente y versátil maraña de órganos tendenciosos caracterizante del panorama informativo tinerfeño de anteguerra. En efecto, a la espectacular proliferación de cabeceras acompañó el partidismo informativo y, por ende, la alternancia de los más enjundiosos halagos con las más contundentes descalificaciones de la clase política, evidentemente, en función de las afinidades y compromisos que conllevaba el mecenazgo político. Una típica sección destinada a las inevitables réplicas y contrarréplicas, que algunos coronaban, siguiendo pautas cotidianas de las clases populares, con mordaces coplas, ponía en comunicación, la mayoría de las veces, en diálogo de sordos, a unos con otros. En cualquier caso, los mensajes llegaban directamente a clientelas reducidas, siempre inferiores al millar de lectores, desde las que trascendían al resto de la población isleña a través del boca a boca, exclusivamente, en aras al halago o defenestración pretendidos, pues, como apuntamos líneas atrás, el proselitismo carecía de interés dentro del maniatado electorado de entonces.

años de la Restauración», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 40, Patronato de la «Casa de Colón», Madrid-Las Palmas, 1994, pp. 547-593.

Comoquiera que los cuadros redaccionales de los periódicos eran reclutados por los grupos políticos en la enclenque capa alfabetizada de las clases populares isleñas, los periodistas evidenciaban, además de una insatisfactoria formación intelectual, una coartante dependencia económica. De ahí, su acompasado recurso a las parrafadas en latín y a los diti-rambos poéticos, acaso, para dar satisfacción a una latente vocación de escritor que encontraba vedado el campo informativo para la creación. En definitiva, el más almibarado lirismo y la más descarada procacidad, en insospechada connivencia, poblaban las páginas de los periódicos tinerfeños de anteguerra.

En los períodos de recesión de la lucha política, unos y otros adquirirían un ramalazo informativo movidos por la vocación periodística que, adormecida por la coerción ideológica, subyacía en los cuadros redaccionales, si bien, cuidando muy mucho los intereses económicos de sus patrocinadores que, al proceder, salvo contadísimas excepciones, de la clase dominante isleña, solían ser redundantes. Entonces homologaban sus páginas a aquellos otros que, con vocación informativa, ingenuamente intentaban subsistir al margen del tutelaje político y expuestos a la insolvencia del mercado de compradores y anunciantes. Con tales bases, estos periódicos, inevitablemente, caían en un círculo vicioso. Los que intentaban conseguir el máximo de clientela posible eludiendo confrontaciones y enemistades, perdían lectores por el amarillismo de su línea editorial; en contraposición, los pocos que afrontaban con valentía la problemática isleña, limitaban su potencial clientela quedando, a su vez, expuestos a polémicas, cuando no a embestidas intimidatorias, al salir en defensa de los denunciados sus órganos de prensa, cuando no sus acólitos en persona. Evidentemente, los periódicos especializados, ya fueran de carácter pedagógico, financiero o literario, no escaparon a estas limitaciones. En definitiva, sin el arropamiento de una facción política, los periódicos tinerfeños de anteguerra tenían, prácticamente, vedada su existencia.

ESTUDIO PUNTUAL DEL PERIODISMO TINERFEÑO POR SECTORES

Los periódicos de las fuerzas del sistema restauracionista

En los umbrales del siglo: «pactistas» contra «antipactistas»

A comienzos de siglo, eran «La Opinión» y «Unión Conservadora», órganos respectivos de los partidos del turno, los periódicos de presencia más notoria en Tenerife. Sus controversias, sin embargo, más que a pareceres ideológicos contrapuestos, obedecían a diferencias en la cuestión

doméstica por excelencia: el «pleito insular». Así, mientras el diario conservador abogaba por un pacto político a nivel Archipiélago en aras a un control armónico de la Región, lo que conllevaba el entendimiento con el partido liberal grancanario; el diario liberal era contrario a cualquier arreglo, fundamentalmente, por la desconfianza que le inspiraba su correligionario Fernando León y Castillo en su afán por engrandecer a toda costa a Las Palmas, más aún, cuando gozaba de grandes influencias en Madrid.

Las diferencias databan de las últimas elecciones a Cortes del siglo anterior, cuando un sector del partido conservador tinerfeño, encabezado por José María Hernández Leal, Agustín Rodríguez Pérez y Antonino Yanes Volcán, estableció las bases del acuerdo con el partido liberal grancanario. Comoquiera que el órgano oficial del partido, «La Opinión», quedó en manos de los contrarios al pacto, que encabezaban Martín Rodríguez Peraza y Pedro Schwartz, los pactista tuvieron que promover un nuevo periódico, «Unión Conservadora», para defender sus puntos de vista. A renglón seguido, el sector conservador antipactista experimentó tal mutación ideológica que, a los pocos meses, convirtió a «La Opinión» en portavoz oficial del partido rival en la Isla, el liberal. La dura polémica interna que conllevó la disidencia, trascendió al terreno personal cuando el hermano de Pedro Schwartz, alcalde de Santa Cruz y una de las cabezas visibles del sector tráfuga, agredió, con consecuencias fatales, al redactor-jefe de «Unión Conservadora», Patricio Perera Álvarez. Sólo tras este penoso incidente, la enconada disputa inició su inflexión.

Girando en torno a su desigual postura regional, los dos periódicos polemizaban continuamente a comienzos de siglo, sobre todo, en los procesos electorales. Al margen de las elecciones, cuestiones de índole tan diversa como el arriendo de los puertos francos del Archipiélago, disputado por sendas asociaciones anejas a ambos partidos; la posible supresión del Obispado de Tenerife, que los liberales tinerfeños atribuían a su denostado correligionario León y Castillo; y los problemas de las obras del puerto de Santa Cruz, cuyo contratista era el liberal Elicio Lecuona Bello; fueron los temas que nuclearon las interminables disputas de ambos periódicos. En su transcurso, el panorama periodístico de las fuerzas restauracionistas en la Isla acentuó su tradicional bifurcación de sesgo no ideológico, acusando la irrupción de órganos anejos a uno u otro y la decantación de los que permanecían indiferentes ante el entuerto. Muy pocos periódicos, y por escaso período de tiempo, pudieron permanecer al margen del enconado duelo, caso de «La Región Canaria» que, promovido por el alcalde de La Laguna, el conservador Lucas Vega Padrón, apareció a caballo de los dos siglos abogando, exclusivamente, por la participación del sector agrario local en el arriendo de los puertos francos. Su

singular trayectoria, pues de adversa a «Unión Conservadora» y a «La Opinión» evolucionó, desde que el arriendo recayó en manos conservadoras, hacia las filas liberales, evidencia una decantación ideológica motivada por la frustración de sus expectativas iniciales. Pero su caso no fue el más representativo porque, en esencia, un «pactismo» de connotaciones pragmáticas y un «patriotismo» de cierto regusto romántico, subyacían en la escisión y el encaramiento de la clase dominante tinerfeña a través de la prensa.

En las interminables polémicas de entonces, «Unión Conservadora» contó con menos apoyo que su rival, pues apenas obtuvo el sucesivo concurso de tres modestos bisemanarios de La Laguna y un semanario del Puerto de la Cruz, todos con tendencias dispares dentro del restauracionismo pero, como dijimos, con un trasfondo pragmático común. El más antiguo de los laguneros fue «Tenerife», que dirigido, sucesivamente, por Enrique Madan y Eliseo Tarife, fue editado entre los veranos de 1901 y 1902 por los seguidores del político liberal Ricardo Ruiz Benítez de Lugo y del general Weyler. Tras su desaparición, el partido conservador de La Laguna adquirió el renqueante periódico informativo «El Imparcial de Canarias» que, bajo la dirección de Domingo Gutiérrez Bello, prolongó su agonía por espacio de algunos meses. Luego, ya en vísperas de la desaparición de «Unión Conservadora», el partido promovió «Heraldo de La Laguna» que, dirigido por Leoncio Rodríguez cuando apenas contaba con 22 años, adoptó una línea editorial poco guerrillera en sus escasos seis meses de vida. El otro periódico afín a «Unión Conservadora», el semanario portuense «El Valle» que dirigía Andrés Adán, era órgano de Ricardo Ruiz Benítez de Lugo y, dado que prolongó su existencia hasta comienzos de 1906, más que apoyo de «Unión Conservadora», lo fue de su sucesor, «El Tiempo».

Por su parte, «La Opinión» tuvo como principal baluarte al anterior portavoz del partido liberal de la Isla, el diario «Cronista de Tenerife» que, dirigido por Juan Bonnet Torres, a raíz de la escisión del partido conservador fue órgano, inicialmente, del marqués de Villasegura para, más tarde, aproximar posiciones a Pedro Schwartz. Otros periódicos con trayectoria más singular, caso del «Diario de Avisos» que dirigía Abelardo Bonnet, o con marcada vocación informativa o literaria, secundaron la línea editorial de «La Opinión» al compartir el generalizado tinerfeñismo que reinaba en la Isla. Desde los umbrales del siglo, pues, las fuerzas «patriotas» evidenciaron una aplastante superioridad de efectivos.

En definitiva, la natural bifurcación ideológica de los periódicos de las fuerzas restauracionistas que, en teoría, debía obedecer a los credos liberal o conservador, a comienzos de siglo fue espectacularmente trastocada en las Islas por el «pleito insular». A ello debió contribuir tanto el insubs-

tancial ropaje ideológico de las formaciones políticas tinerfeñas, como el enorme predicamento del «patriotismo» en la Isla. De cualquier modo, en la disociación y subsiguiente reagrupamiento de los periódicos, la postura regional siempre primó sobre los idearios políticos. Paralelamente, las polémicas no dirimían otra cosa que cuestiones domésticas, llevando el sector «pactista» siempre la peor parte y, por ende, sufriendo su órgano de expresión, «Unión Conservadora», un enorme deterioro. Otras amenazas para la Isla, tales como la pretendida supresión de la Capitanía de Santa Cruz a instancias del gobierno conservador de Francisco Silvela, agrandó su pérdida de credibilidad en la sociedad tinerfeña hasta niveles insostenibles. Fue entonces cuando el partido ensayó un recambio promoviendo una nueva cabecera: «El Tiempo».

Ante la resolución de Canalejas: todos «antipactistas»

«El Tiempo» apareció en el verano de 1903, editado en la imprenta de Camilo Guimerá y dirigido por Juan Ramírez Filpes, intentando defender, aunque con mayor cordura que su antecesor, las consabidas tesis «pactistas» de sus patrocinadores. Sin embargo, conforme sufrió el sistemático ataque de «La Opinión» por su equívoca postura ante el problema de Capitanía, fue imbuyendo de agresividad su línea editorial hasta alcanzar cotas similares a las de su predecesor. Comoquiera que sus oponentes no le fueron a la zaga, la disputa estuvo a punto de trascender al terreno personal, mediando en el entuerto Patricio Estévez en calidad de presidente de la naciente «Asociación de la Prensa de Tenerife». Con la confirmación de la Capitanía de Santa Cruz en la definitiva reforma militar de la Región, el novel diario concluyó con tablas su primer embate contra los «antipactistas».

En fechas sucesivas, «El Tiempo» intentó demostrar, con evidente sutileza, la eficacia de sus tesis retomando problemas de índole económica, caso de la paralización de las obras del puerto de Santa Cruz y de la isleñización de las franquicias, aunque inútilmente, pues de «La Opinión» volvió a obtener la más rotunda de las negativas. Por consiguiente, su argumentación de clara raíz pragmática, ni en cuestiones estrictamente económicas abría brecha en las robustecidas fuerzas «patriotas» de la Isla, que nada querían saber de León y Castillo.

Conforme decursó la década y la cuestión provincial fue caldeando el panorama político de las Islas, el diario conservador intentó desdramatizar la disyuntiva en juego arremetiendo, indiscriminadamente, contra divisionistas y antidivisionistas. Pero su afán por hacer valer lo racional sobre lo visceral, fue incomprendido por la clase dominante tinerfeña,

acaso, por su innecesariedad, quedando finalmente solo en su empecinada lucha. Su audaz periplo concluyó en vísperas de la resolución de Canalejas, cuando la turba de Santa Cruz procedió a su asalto y desmantelamiento con el beneplácito de toda la sociedad tinerfeña. Por entonces, sus filas habían mermado hasta tal punto, que para conseguir un director tuvo que recurrir a los otrora periodistas proletarios, José Cabrera Díaz y, luego, Manuel Santiago Espinosa. Con su desaparición, concluyó una enconada disputa periodística que, en esencia, era el reflejo de un enfrentamiento interno de la clase dominante tinerfeña, pues las cúpulas de una y otra opción procedían del cacicato de entonces. Al final, la pasión insularista pudo con el más descarado pragmatismo de ámbito archipelágico.

En su controvertida existencia, «El Tiempo» contó con el sucesivo apoyo de varios periódicos, algunos de ideología liberal, la mayoría de vida fugaz y todos con su mismo trasfondo práctico. Confesadamente liberales nacieron los diarios «El Porvenir», «El Liberal» y «El País»; camuflando sus intenciones, los bisemanarios «Nivaria» y «El Teide».

«El Porvenir», fue editado en Santa Cruz de Tenerife durante el segundo semestre de 1905 bajo las directrices que desde Madrid dictaba Ricardo Ruiz Benítez de Lugo. Dirigido por Eliseo Tarife, mantuvo unas relaciones tan tirantes con «La Opinión», que ambas redacciones estuvieron a punto de enzarzarse en una riña. «El Liberal» fue promovido por Elicio Lecuona a raíz del encononazo que tuvo con Antonio Domínguez Alfonso, por entonces, jefe de filas del círculo de «La Opinión». Editado en la misma imprenta que «El Tiempo» y dirigido por Agustín Díaz, apareció en Santa Cruz de Tenerife entre abril de 1906 y septiembre de 1907 con una línea editorial contraria al «patriotismo», tanto tinerfeño como gran-canario. «El País» fue impreso desde mayo de 1908 hasta finales de 1909, a iniciativa del, por entonces, también liberal, Félix Benítez de Lugo. Dirigido, sucesivamente, por Benigno Varela, Agustín Díaz y Manuel García, mantuvo siempre unas excelentes relaciones con «El Tiempo» merced a sus comunes diferencias con los mentores de «La Opinión».

Por su parte, el bisemanario «Nivaria» apareció en La Laguna en marzo de 1910 intentando pasar, con evidente ingenuidad, por periódico independiente. Desde que fue descubierto, luchó sin tregua contra los sectores «patriotas» de la Isla en defensa del ahora conservador Manuel Delgado Barreto y del todavía liberal Félix Benítez de Lugo, para desaparecer a los escasos seis meses de vida. El otro bisemanario, «El Teide», había aparecido en septiembre de 1908 en el Puerto de la Cruz solapando también sus intenciones políticas. Dirigido, sucesivamente, por Manuel García, Luis Ramos y Juan Ruiz, pronto evidenció que era órgano de Félix Benítez de Lugo para, al poco tiempo, atemperar notablemente su ímpetu y prolongar su existencia hasta más allá de 1913.

Por su parte, el sector «patriota» contó con unos efectivos mucho más consistentes. Así, aparte de «La Opinión» y del consabido e inestimable concurso de los diversos periódicos republicanos y despolitizados, promovió órganos en localidades del interior de la Isla en el otoño de 1905, precisamente, cuando «El Tiempo» concluía su etapa más brillante, casos de «El Defensor» y «Noticiero Canario»; e incluso en años posteriores, caso de «El Pueblo Canario».

El bisemanario «El Defensor», circuló en La Orotava entre septiembre de 1905 y diciembre de 1907 bajo la sucesiva dirección de Jesús María Casañas y Manuel Sierra Delgado. Órgano de Antonio Domínguez Alfonso, siempre mantuvo una línea editorial menos guerrillera que sus allegados, en buena medida, por su marcado carácter localista. «Noticiero Canario», en cambio, que había nacido como periódico independiente, fue adquirido por la facción del propio Antonio Domínguez Alfonso por la misma época. Confiada su dirección a Esteban Hernández Baños, fue un fiel seguidor de la línea editorial de «La Opinión» hasta que desapareció en octubre de 1908, precisamente, cuando nació «El Pueblo Canario». Éste, hasta septiembre de 1909 cuando entró en etapas titubeantes, distinguió su línea editorial por un rabioso «patriotismo» a instancias de su promotor, el cabecilla de «Unión Patriótica», Benito Pérez Armas.

En definitiva, el fiel de la balanza, como era previsible, pivotó hacia las filas «patriotas». A partir de entonces, aunque los periódicos políticos tinerfeños pudieron exhibir con mayor nitidez su ideario político, el siempre latente «patriotismo», sin duda, acentuado por la volubilidad ideológica de todos ellos, otorgó a unos y otros, de vez en cuando, una sutil homogeneidad en sus planteamientos.

En vísperas de la guerra europea: el afloramiento de los idearios

En la etapa final de «El Tiempo», el sector antipactista del partido conservador tinerfeño había ganado tantos enteros, que en connivencia con los círculos católicos de la Isla fue capaz de editar el moderno y pretencioso diario «Gaceta de Tenerife». Desde un principio, el nuevo periódico dejó tan claro su «patriotismo», que su confesión católica no fue óbice para que apoyara a los sectores anticlericales del conglomerado tinerfeñista «Unión Patriótica». Meses más tarde, ya desaparecido «El Tiempo», el partido conservador de Tenerife confirmó su renuncia a cualquier veleidad pactista a escala regional con su nuevo portavoz, «La Región». De inmediato, el naciente diario reclamó con insistencia la reorganización en la Isla del otro partido del turno, el liberal, para desatascar el funciona-

miento del sistema. Poco después, nació en La Laguna «El Periódico Lagunero» que, bajo la dirección de Narciso de Vera, reafirmó el empeño conservador por abrir brecha en el consenso liberal/republicano. Por consiguiente, tras la desaparición de «El Tiempo», el partido conservador de Tenerife asumió el generalizado «patriotismo» de la Isla. Para ello, redujo a ámbito isla su vocación pactista tras comprobar que a nivel archipiélago su programa era inviable.

En vísperas de la guerra europea nacieron otros periódicos conservadores en la Isla, ambos impresos en la tipografía de «La Región», en uno primando el ideario político y en el otro el «patriota». El primero, «El Terruño», nació a finales de 1913 como portavoz de las juventudes conservadoras. En sus escasos seis meses de vida experimentó una trayectoria tan renqueante, que de periodicidad semanal paulatinamente pasó a mensual, bimensual, hasta, finalmente, desaparecer. Luego, nació «Heraldo de Tenerife» que, dirigido por Gundemaro Baudet, procuró reafirmar, por encima de las consideraciones ideológicas, el creciente tinerfeñismo de los círculos conservadores de la Isla apelando a una pretendida orientación comercial.

También la prensa liberal conoció dos nuevas cabeceras en el período inmediatamente anterior a la guerra, ambas en localidades del interior de la Isla, y también una de ellas, con un contenido fundamentalmente ideológico. A finales de octubre de 1912 nació en el Puerto de la Cruz «El Liberal» que, bajo la dirección de Julio Navarro Morín, en sus escasos, pero agitados, cinco meses de vida, centró su línea editorial en la política local arremetiendo duramente contra el alcalde de la localidad, el conservador Andrés de Arroyo. Luego nació en La Orotava el semanario «Vida Moderna» que, bajo la batuta de Agustín Hernández, compaginó su filiación a la facción reformista de Melquíades Álvarez con la amistad de Félix Benítez de Lugo y Manuel Delgado Barreto. A pesar del reducido círculo de correligionarios que consiguió en la Isla, pudo subsistir hasta finales de 1916 con el arropamiento de buena parte del vecindario de la localidad.

En definitiva, en vísperas de la guerra europea, la prensa restauracionista de Tenerife intensificó, aunque sólo levemente, su barniz ideológico al desaparecer el pactismo a escala regional y, por ende, el fundamento a la anterior bifurcación de sesgo insularista. No obstante, el «patriotismo», ahora compartido por unos y otros, no dejó de incidir en todos ellos, aunque en vez de para escindirlos dentro de la Isla, para aglutinarlos contra los de la rival cada vez que algún rumor ponía en tela de juicio la preeminencia de Tenerife en el Archipiélago.

Los periódicos de las fuerzas extrasistema

La espectacular proliferación de cabeceras de las formaciones restauracionistas en la Isla, bien a instancias de los propios partidos o de las facciones disidentes de ambos, no fue debidamente correspondida por las fuerzas políticas ajenas al turno, correspondiendo al republicanismo, de vieja y profunda raigambre en Santa Cruz, la gestación de la mayoría de ellas. La entidad y tiradas de estos periódicos, por lo demás, si atendemos a formatos, periodicidades y a otra información cualitativa diversa, caso de la parrafada «periódico de mayor circulación de la Isla» que ostentaban a la vez, en enconada porfía, «El Tiempo» y «La Opinión», fueron, hasta que nació «La Prensa», claramente inferiores. Aún así, y descontando alguno de los vocacionalmente informativos, las fuerzas extrasistema incubaron y mantuvieron los periódicos tinerfeños más relevantes del momento, a saber, «Diario de Tenerife» y, ya en vísperas de la guerra europea, «La Prensa», que tendría una trascendental proyección en el periodismo tinerfeño.

«Diario de Tenerife» de Patricio Estévez, que databa de 1886, en estos años, y en los posteriores, seguiría alternando la elegancia en la defensa de su ideario con el ofrecimiento de información, tanto isleña como extraisleña. Con ello, anticipando etapas venideras en el periodismo canario, mantuvo su aire informativo sin acusar la pérdida de estabilidad. Acaso, su prolongada existencia resulte explicable por esa singular ambivalencia que, por un lado, le proporcionó la fiel clientela dentro del republicanismo de Santa Cruz y, por otro, le atrajo el raquítrico mercado tinerfeño de lectores que por entonces deseaba, simple y llanamente, saber lo que acontecía en el mundo.

A caballo entre los dos siglos nacieron los semanarios «El Orden», en La Orotava, y «La Luz», en La Laguna; dirigidos, respectivamente, por Juan Jacinto del Castillo y José Manuel Arozena. El lagunero, editado y escrito entre julio de 1899 y abril de 1900 por varios jóvenes republicanos, pronto tropezó con las altas jerarquías eclesiásticas de la localidad, teniendo que buscar imprenta en Santa Cruz hasta que, finalmente, las estrecheces económicas cegaron su audaz aventura. En su tramo final y en connivencia con su correligionario orotavense, en vano intentó reactivar los círculos republicanos de la Isla. Por entonces, en el Puerto de la Cruz nació otro fugaz semanario de la misma tendencia, «El Iriarte», cuya dirección estuvo a cargo de Agustín Martín Armas.

Un año más tarde, el partido republicano promovió en Santa Cruz «El Ideal» que, bajo la dirección de Manuel de Cámara, procuró conjugar el tinerfeñismo reinante en la Isla con su vocación regional, lo que le acarreo alguna que otra censura de «La Opinión» por «antipatriotismo». Sus es-

fuerzas por dinamizar el republicanismo de Santa Cruz, le trajeron continuos problemas con las autoridades insulares, lo que unido a sus precarios ingresos, causó su desaparición en octubre de 1904. Al año, el partido promovió el diario «El Progreso» que, dirigido por Santiago García Cruz, supo compaginar el ideario republicano con un tinerfeñismo de sesgo regional a instancias de su redactor-jefe, el joven Leoncio Rodríguez.

El último periódico republicano de anteguerra nació en octubre de 1910, cuando Leoncio Rodríguez dejó la redacción de «El Progreso» para fundar «La Prensa». El naciente diario, desde un principio añadió al singular cóctel «leoncino» de anteguerra republicanismo/tinerfeñismo regionalista, un atractivo singular merced a una cuidadosa impresión y una vocación informativa que, de inmediato, lo catapultaron a la cima del periodismo tinerfeño³.

Al margen del republicanismo, no sin cierta expectación en Santa Cruz, apareció el periódico proletario «El Obrero», que sobrevivió desde septiembre de 1900 hasta finales de 1905 como portavoz, y al amparo, de los gremios federados de la entonces capital del Archipiélago. Editado a periodicidad semanal y dirigido, sucesivamente, por los que, sin recato, años más tarde asumirían la dirección de «El Tiempo», José Cabrera Díaz y Manuel Santiago Espinosa, conoció una problemática trayectoria por su guerrillera línea editorial. Mucho más precaria aún, pues carecía del más mínimo apoyo social o económico, fue la existencia del primer periódico nacionalista de Canarias, libre de todo sesgo insularista, el semanario «¡Vacaguaré!...». Dirigido por Manuel Déniz Caraballo, aunque sólo nominalmente, pues Secundino Delgado era su auténtico mentor, apareció a comienzos de 1902, esto es, cuando aún escocían los rescoldos de la emancipación cubana, para editar, a intervalos cada vez más altos, cuatro números, tras los cuales desapareció sin siquiera poder celebrar los dos primeros meses de existencia. El fuerte acoso que sufrió de las esferas oficiales por su marcada vocación autonomista, precipitaron su anunciado fracaso⁴.

³ Véase su evolución hasta la guerra civil y, por ende, la del periodismo tinerfeño coetáneo, en la obra de Julio Antonio YANES MESA: *Leoncio Rodríguez y «La Prensa»: una página del periodismo canario*, Cabildo Insular de Tenerife, Caja General de Ahorros de Canarias y Editorial Leoncio Rodríguez, S. A., Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 95-154 en particular.

⁴ Sus casi subsiguientes aparición y desaparición, fueron noticia en el bisemanario lagunero *Tenerife*, que incluso reprodujo su editorial fundacional (véase: *Tenerife*, 24-1-1902 y 20-3-1902). Su enconada persecución, está magníficamente ilustrada con su ausencia actual de los fondos documentales de las hemerotecas y bibliotecas canarias. Afortunadamente, el profesor Manuel de Paz pudo rescatar al periódico íntegramente del expediente militar que sufrió en sus últimos días (véase esta entrega documental de Manuel DE PAZ: «Nuevos documentos sobre Secundino Delgado», en *ROA. Revista del Oeste de Africa*, n.º 9, «Centro de Estudios Africanos», La Laguna-Las Palmas, octubre de 1990, pp. 7-76).

Prensa católica

En el panorama periodístico tinerfeño de anteguerra, no faltaron los periódicos católicos, sobre todo, en La Laguna, cuna de la futura diócesis de las islas occidentales y sede de la cúpula eclesiástica de la Isla. Siempre formaron un sector marginal dentro de la prensa tinerfeña hasta 1910, cuando nació el diario «Gaceta de Tenerife», que, adivinando tiempos venideros, supo complementar su vocación confesional con un precoz ramalazo informativo.

Desde octubre de 1899 hasta finales de 1900, fue impreso en La Laguna el semanario «La Verdad» que, bajo la sucesiva dirección de Benjamín Renshaw y Manuel Tarife, abogó con cierta mesura por los principios del catolicismo. Luego, en la primera mitad de 1902, apareció en la misma ciudad el quincenal «La Propaganda» que, dirigido, sucesivamente, por los jóvenes Leoncio Rodríguez y Juan Blardony López, tuvo como objetivo exclusivo recaudar fondos para las fiestas del Cristo de La Laguna. Un año más tarde, el semanario «La Laguna», dirigido por Antonio Luque Alcalá, nació con el mismo objetivo para luego proseguir, bajo la dirección de Mateo Alonso Del Castillo, al amparo de los sectores eclesiásticos de la Isla. Sus polémicas más enconadas las libró con el diario republicano «El Progreso» y, sobre todo, con su redactor-jefe fundacional, Leoncio Rodríguez, hasta que desapareció a mediados de 1909. Dos años atrás, la Junta de Acción Católica de Santa Cruz había promovido el también semanario «La Regeneración» que, bajo la dirección de Rafael Martínez, retomó la línea editorial de «La Verdad» hasta que en 1910 entregó el relevo al renovador diario «Gaceta de Tenerife». También la Junta Diocesana de La Laguna editó, entre noviembre de 1905 y junio de 1912, el boletín, pretendidamente trimestral, «El Templo Catedral de Tenerife», para dar cuentas de la evolución de sus obras de remodelación. Al margen de los citados, hubo periódicos dedicados a promocionar diversos eventos, caso del quincenal orotavense «La Propaganda», que apareció a caballo de 1900 y 1901 bajo la sucesiva dirección de Cándido León y Antonio Herberos; y del decenario «Orotava», que lo hizo entre mayo y junio de 1912 bajo la dirección de José González.

Prensa con vocación informativa

Frente a la prolongada existencia que conocieron los órganos de las facciones políticas más consistentes de la Isla en el período de anteguerra, alguno de los cuales sobrepasó con holgura los diez años de vida, los periódicos que por entonces renunciaron al mecenazgo ideológico en aras a

ejercer su cometido informativo sin ataduras, en ningún caso superaron los dos años de vida. Es más, la mayoría no pasó de un mero ensayo que los arcaísmos del contexto hicieron fracasar de inmediato.

Indudablemente, «El Independiente» de Santa Cruz de Tenerife fue el proyecto más pretencioso. Forjado en los círculos republicanos próximos a Emilio Calzadilla, el audaz diario apareció en noviembre de 1902 bajo la dirección de Juan Solórzano. Su línea editorial, empeñada en desperezar a la sociedad isleña, trató la problemática más acuciante del Santa Cruz de entonces, a saber, las subsistencias, el urbanismo, la enseñanza o el abastecimiento de aguas, libre de compromisos, lo que le acarreó reprimendas de periódicos de las más diversas ideologías. Simultáneamente, desplegó una modesta, aunque no menos inusual, red de reporteros en las localidades más importantes del Archipiélago, completando la información isleña con el concurso de toda la intelectualidad tinerfeña del momento atraída por su sueldo librepensador. En la vertiente foránea, dispuso de corresponsalías en ciudades de países a los que acudían los canarios, bien por emigración, casos de La Habana, Manila, y Buenos Aires; o por negocios, caso de París o Londres. Las colaboraciones de Manuel Delgado Barreto desde Madrid y un inusual servicio telegráfico que, a veces, procedía de agencias diversas, completaba su vertiente informativa. En el tramo final de su existencia, sufrió un paulatino empobrecimiento, visible tanto en la degradación de contenidos como en la inestabilidad del formato, por estrecheces económicas, hasta que, finalmente, desapareció sin poder celebrar, siquiera, su primer aniversario.

En La Laguna nacieron otros periódicos con pretensiones similares, si bien, con medios mucho más modestos. De mediados de 1900 data el efímero y desconcertante semanario «El Intransigente» que, apelando a su independencia, arremetió en los escasos nueve números que editó contra el alcalde de la ciudad, Lucas Vega, y contra «La Región Canaria». Años más tarde, «El Pueblo Canario», tras varios ensayos frustrados, consiguió abandonar, desde octubre de 1910, su filiación «tinerfeñista» para seguir derroteros propios, lo que le acarreó la enemistad de todos los poderes fácticos de La Laguna. Su osada aventura, dirigida por José Delgado Rodríguez y llevada a cabo por otros jóvenes laguneros, apenas duró seis meses. A renglón seguido, nació «Diario de Avisos de la Ciudad de La Laguna» que, salvo en lo de diario, hizo honor a su cabecera, pues siempre ofreció, casi monográficamente, avisos y comunicados. Pronto apareció a intervalos cada vez más altos, para prolongar su penosa trayectoria hasta octubre de 1914. Previamente, en septiembre de 1911, había nacido el diario «El Archipiélago» que, dirigido por Marco Luz, desapareció a los tres meses tras buscar, infructuosamente, apoyo en las filas «patriotas» de la ciudad universitaria.

En estos años de anteguerra, también nacieron periódicos con vocación informativa en el Valle de La Orotava. Todos, por lo demás, superaron en modestia y comedimiento a los laguneros. A comienzos de 1906, en la Villa nació «Diario de Taoro» que, bajo la dirección de Manuel Sierra Delgado y con un modesto formato, apenas rebasó el mes de existencia. Dos años más tarde apareció en el Puerto de la Cruz «Diario del Norte» que, bajo la dirección de Esteban Hernández Baños, sobrevivió unos nada desdeñables siete meses. Significativamente, antes de desaparecer acogió a modo de órgano oficial, como si buscara apoyo político, al movimiento regionalista que por entonces surgió en el Puerto de la Cruz. Seguidamente, a mediados de 1909, nació el proyecto informativo más pretencioso del Valle, el trisemanal «Arautápala» que, dirigido por el médico y periodista del Puerto, Antonio Soler, abrió sus páginas al exterior sobreviviendo casi dos años merced al arropamiento de la sociedad portuense. Luego, en mayo de 1911, de la misma imprenta salió el también trisemanal «Las Noticias» que ya no pudo cumplir, siquiera, los dos meses de vida. Un año más tarde, apareció a días alternos «Excelsior» que, dirigido por Benjamín Padrón García, sobrevivió otros dos meses escasos acentuando, si cabe, el típico amarillismo de los periódicos del Valle autotiquetados como independientes.

En definitiva, los tiempos del periodismo informativo aún no habían asomado, ni de lejos, en el Tenerife de anteguerra. Los escuetos guarismos sobre cabeceras, permanencias y periodicidades, hablan por sí solos.

Publicaciones pedagógicas y financieras

En el panorama periodístico tinerfeño de anteguerra, también hubo periódicos que, forjados por los propios maestros, consagraron su línea editorial a la mejora de la enseñanza canaria. Comoquiera que muchos de los periodistas tinerfeños del momento procedían de las filas del magisterio, estos periódicos a menudo contaron con directores experimentados. Todos abordaron la problemática más acuciante, y recurrente, del sector, a saber, la creación de escuelas, la higienización de las aulas, la retribución de los maestros, los sistemas de acceso al cuerpo, el asociacionismo docente; todos, también, sufrieron las estrecheces económicas de los periódicos especializados, adoptando formatos reducidos y periodicidades quincenales o mensuales; y todos, o casi todos, acusaron las inevitables polémicas periodísticas, algunas con caracteres más propiamente políticos que pedagógicos.

A comienzos de 1903, apareció «El Magisterio Canario» como emulación del decimonónico «El Auxiliar» de Juan de la Puerta Canseco. Bajo

la sucesiva dirección de Esteban Hernández Baños, Francisco Franquis Noda y Ricardo Mora Sansón, el naciente periódico impulsó el asociacionismo del magisterio isleño para, de inmediato, asumir su representación en la prensa. Sus claras simpatías políticas conservadoras, sin embargo, desestabilizaron sus objetivos aglutinadores, titubeando en su tramo final hasta que, finalmente, desapareció en abril de 1909. En uno de sus lapsos postreros, nació «El Defensor del Magisterio» como nuevo órgano de las asociaciones insulares de los maestros canarios. Dirigido por Agustín Molina, sus desmedidas pretensiones, pues intentó impulsar una Caja de Ahorros del Magisterio Canario para paliar el quebranto económico de los maestros, fueron minando su existencia hasta que, en el verano de 1910, recondujo su programa hacia objetivos específicamente pedagógicos adoptando una nueva cabecera, «Escuela Canaria». Con ello, al menos pudo, aunque sin salir del atolladero, prolongar su renqueante existencia hasta 1916. Antes de desaparecer, «Escuela Canaria» mantuvo enconadas polémicas con el periódico pedagógico confesional «La Región Canaria», resultado de la reconversión, efímera, por lo demás, del viejo periódico católico «La Laguna» a raíz del nacimiento del moderno diario afín «Gaceta de Tenerife». Finalmente, en vísperas de la guerra europea nació «Eco del Magisterio Canario» bajo la dirección de Efraín Albertos Ruiz que, haciendo gala de un poder acomodaticio enorme, será el periódico pedagógico tinerfeño de más prolongada trayectoria.

También los sectores económicos cimeros de la Isla, contaron con órganos de expresión propios en el periodismo tinerfeño de anteguerra. Entre enero y agosto de 1901, apareció en La Laguna el semanario «El Porvenir Agrícola de Canarias» que, bajo la sucesiva dirección de Enrique Madan y Manuel Déniz Caraballo, abogó por el desarrollo del sector agrario con el apoyo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y las cámaras agrícolas de la Isla. Años más tarde, entre principios de 1908 y finales de 1910, el decenario «La Asociación Agrícola» retomó su programa bajo la orientación de los peritos agrícolas José Martínez Molina y Pedro Pelluz Sánchez. El Colegio de Peritos Mercantiles de Canarias también promovió, desde marzo de 1909 hasta, al menos, finales de 1911, un «Boletín del Comercio y de la Industria» que, a intervalo mensual y bajo la batuta de Mario Arozena, abogó por los intereses del sector y de sus titulares. Luego, entre junio de 1912 y marzo de 1914, surgió, también con carácter mensual, el «Monitor Financiero», órgano de la asociación «Ahorro y Fortuna» que promovió Juan María Ballester Remón para canalizar el modesto capital isleño hacia las bolsas europeas. En definitiva, modestia y proliferación de cabeceras a gradación elevada, fueron las notas dominantes de la prensa tinerfeña especializada de anteguerra.

Revistas literarias y satíricas

En los años de anteguerra, no faltaron las publicaciones específicamente literarias, sobre todo, a comienzos del siglo, cuando la etapa que precedió a la ideológica en la evolución del periodismo contemporáneo, aún daba algún coletazo en la Isla. Todos estos periódicos nacieron con ciertas expectativas; los más en La Laguna, los más sólidos en Santa Cruz y los menos en La Orotava; con formato arrevistado y a periodicidades que iban desde la semana al mes; y, cuanto menos, dieron posibilidades de expresión a los modestos literatos isleños del momento. Y también todos, evidentemente, unos más que otros, tuvieron que sortear más dificultades aún que los periódicos de vocación informativa. Dado que los contenidos y las colaboraciones de todos ellos fueron redundantes, para atisbar el sector, acaso baste un repaso de las cabeceras más significativas, con directores y períodos de edición. A saber, «Gente Nueva», dirigida por Manuel Delgado Barreto, entre octubre de 1899 y agosto de 1901; «La Unión», dirigida por Juan Blardony López, entre noviembre de 1899 y septiembre de 1900; «Siglo XX», dirigido por Fernando Suárez y González-Corvo, entre julio y diciembre de 1900; «La Orotava», dirigida por Antonio Lugo Massieu, entre marzo y septiembre de 1901; «Artes y Letras», dirigida por Patricio Estévanez, durante todo 1903; «El Clarín», dirigido por José Cáceres Sánchez, a caballo entre 1905 y 1906; «La Lid», dirigida por Domingo Cabrera, en el verano de 1906; «Tenerife», también dirigida por Domingo Cabrera, en diciembre de 1907; «El Cuento Regional», dirigida por Joaquín Estrada, entre julio y septiembre de 1909; «Revista de Canarias», dirigida por Antonio Lugo Massieu, a mediados de 1913.

En el campo de la sátira, el periódico más relevante del momento fue el semanario «Barreno y... ¡Fuego!» que, nacido en junio de 1908, estuvo a punto de celebrar su primer aniversario. En las 41 «explosiones» que editó, arremetió duramente contra los poderes fácticos de la Isla mostrando, de vez en cuando, ciertas simpatías republicanas. Acaso en este capítulo quepa el singular periódico «El Plumero» que, dirigido en La Laguna por Francisco González como «semanario pot-pourrit», adoptó un más que evidente sarcasmo en su línea editorial durante los cinco primeros meses de 1912 hasta que, finalmente, enmudeció tras la agresión que sufrió su director.

LOS AÑOS DE LA GUERRA Y POSTGUERRA EUROPEAS

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL PERÍODO

La primera guerra mundial alteró súbitamente las bases del panorama periodístico tinerfeño de anteguerra, en principio, con el impactante repertorio de noticias foráneas que brindó a los periódicos canarios. Probablemente, sólo información de esta índole podía desperezar al raquíptico mercado isleño de lectores, pues los acontecimientos luctuosos habían sido, si no el único, sí el mayor reclamo informativo hasta el momento. Desde entonces, pues, los escasos canarios alfabetizados encontraron en los sucesos europeos un aliciente para acudir a los hasta ahora anodinos periódicos. Los analfabetos, a su vez, compartieron su curiosidad, por lo que frecuentaron con mayor asiduidad las ventas y barberías a horas de las habituales lecturas colectivas. Comoquiera que la propia guerra desatacó los canales de comunicación desde el exterior por el recurso a la telegrafía inalámbrica de los propios contendientes para promocionar sus causas, las noticias internacionales, encima de interés, adquirieron una actualidad insólita en el Archipiélago. Por su parte, los periódicos acogieron con satisfacción las versiones que las agencias de los dos bandos facilitaban, por parciales que fueran, pues la mayoría de las veces eran gratuitas. Luego, siguiendo viejas pautas isleñas, los cuadros redaccionales reelaboraban su propio relato con los datos que, de una u otra manera, conseguían, para prolongar al máximo el rato de lectura de sus clientelas sin reparar en la desvirtuación de lo ofrecido. Comoquiera que la guerra fue asumida partidariamente por la mayoría de los periódicos, su desarrollo generó encontradas versiones y, de inmediato, enconadas polémicas. La germanofilia o aliadofilia, pues, eran ahora, y no la ideología o el «patriotismo insular», la raíz de las controversias. Paulatinamente, la información foránea desplazó a la local de los espacios estelares de los paginados, por demanda de un público que transgredió la tradicional compartimentación ideológica, si bien, no todos los periódicos reaccionaron ante la coyuntura con criterios exclusivamente mercantiles. Sólo los más perspicaces, pues, acapararon esa creciente, aunque siempre modesta, concurrencia. En definitiva, las bases del periodismo tinerfeño de anteguerra sufrieron un inopinado trastrueque al incidir un reclamo informativo de tal calibre que desvaneció, por momentos, el aturdimiento de los arcaísmos estructurales del contexto.

Pero a largo plazo, la incidencia de la guerra tuvo otras connotaciones menos venturosas para el periodismo isleño. En efecto, conforme decuraron los años, la progresiva crisis que asoló al Archipiélago hizo mella en los periódicos. La contracción de los tradicionalmente raquípticos ingresos

por publicidad e, incluso, el ulterior recorte de las ventas, provocó la desaparición de muchos periódicos, fundamentalmente, de aquéllos que, o bien dieron la espalda a la guerra, o afrontaron su desarrollo sin la habilidad oportuna. Los más sagaces, en contraposición, fueron acaparando los anuncios y lectores pervivientes pudiendo, por vez primera en la Isla, adquirir cierta estabilidad sin el arropamiento de las, por lo demás, debilitadas formaciones políticas insulares. Cuando concluyó la guerra, el panorama periodístico de Tenerife había cambiado radicalmente en relación al de anteguerra. Luego, la acentuación de la crisis en la postguerra y la desaparición del reclamo bélico, acentuó la crisis hasta que la coyuntura alcista de los años 20 y, de inmediato, la alteración jurídica que introdujo la dictadura primo-riverista, precipitaron al periodismo isleño por nuevos derroteros.

ESTUDIO PUNTUAL DEL PERIODISMO TINERFEÑO POR SECTORES

Repercusión inicial del estallido bélico

Los periódicos de las fuerzas del sistema restauracionista

En la prensa restauracionista, los portavoces oficiales de los partidos del turno, al compás del decaimiento de sus patrocinadores, corrieron parecida suerte aunque con trayectorias singulares. Así, el conservador «La Región», tras descuidar el inicio de la guerra obsesionado por su renovada orientación en la política insular, pronto intentó simultanear ambas funciones en base, fundamentalmente, a información elaborada en redacción con evidentes simpatías germanófilas. Más tarde, a partir del 9 de noviembre, remozó sus fuentes de información foránea y distendió sus lazos ideológicos, si bien, con ciertos titubeos, para, de inmediato, entrar en una evidente crisis, hasta que desapareció en marzo de 1915. Por su parte, el por entonces órgano liberal, el decano de la prensa tinerfeña «La Opinión», pudo prolongar su agonía que, en realidad, databa de 1912, cuando desapareció el referente «patriótico», hasta 1916. En el proceso fue drenando clientela hacia sus extremos ideológicos en beneficio, fundamentalmente, de «La Prensa» y «Gaceta de Tenerife». Ésta, en contraposición a los portavoces de los partidos del turno, consolidó su existencia merced a una atención a la guerra y a una decidida germanofilia que, de inmediato, le dispensaron el apoyo del grueso de los sectores conservadores y católicos de la Isla.

Los otros periódicos restauracionistas siguieron igual suerte que los órganos oficiales de los partidos. Así, el conservador «El Periódico Lagu-

nero», siguió los pasos de «La Región» aunque prestara, desde un principio y con resolución, atención a la guerra. Sus polémicas con los periódicos de Santa Cruz en defensa del pretendido rigor de sus páginas, no exentas de petulancia, pues no tuvo rubor para decir que el periódico inglés «The Westminster Gazette» publicaba noticias suyas, en vano intentaban disimular su modestia. Su progresiva crisis culminó a finales de 1914, cuando desapareció por espacio de dos meses para reaparecer con la cabecera «La Información». En esta segunda etapa, invirtió su línea editorial desatendiendo la guerra y adoptando una marcada orientación maurista. El conservador datista Lucas Vega y el liberal Benito Pérez Armas, fueron los blancos predilectos de sus trasnochadas campañas de entonces. Aún así, con el amparo de su correligionariado político y del vecindario lagunero, pudo superar la difícil coyuntura de la guerra. El otro periódico conservador, «Heraldo de Tenerife», experimentó una trayectoria mucho más singular, pues desapareció con el inicio de las hostilidades para reaparecer en septiembre de 1915 menguando su cabecera a «Heraldo» y con una desconcertante línea proletaria que apenas pudo sostener unos pocos días. En definitiva, a la prensa restauracionista en nada benefició aquella grave coyuntura.

Los periódicos de las fuerzas extrasistema

Indudablemente, recibieron el inicio de las hostilidades con más acierto. De todos ellos, «La Prensa», mejorando su composición con la adquisición de la primera linotipia que llegó a Canarias, ofreciendo con acierto información y compromiso con la causa aliada y distendiendo, sin ambigüedades, sus ataduras ideológicas, fue el más beneficiado a costa, fundamentalmente, del viejo «Diario de Tenerife» que desapareció en 1916. También «El Progreso», con su radical aliadofilia, resistió bien la coyuntura bélica, aunque más por el apoyo del republicanismo de Santa Cruz que por sus méritos informativos.

Prensa nacida al calor del interés por la guerra

La guerra desató la irrupción de periódicos con vocación marcadamente informativa en medio de los típicamente ideológicos que, obviando la coyuntura, siguieron apareciendo sin interpretar con corrección las alteraciones contextuales. Todos, por lo demás, bien por el decaimiento de la política local, o por la supremacía informativa de «La Prensa», fracasaron.

El primero en nacer fue el fugaz «El Noticiero Tinerfeño» que, gestado a finales de 1914 sin mecenazgo ideológico y con escasos medios, nació con vocación informativa y filantrópica sin poder competir con los principales diarios del momento. Luego, a comienzos de 1915, nació «La Voz de Tenerife» que, bajo la dirección de Juan Tugores, centró su línea editorial en la problemática local dando tanto la espalda a la guerra, que ni siquiera tenía correspondencia en Madrid. Sus fuertes campañas contra los salones de juegos de Santa Cruz y contra el ayuntamiento capitalino, le ocasionaron continuas amenazas e intimidaciones a su director y redactores en sus escasos y controvertidos tres meses de vida.

Mientras tanto, había nacido el conservador y vespertino «La Crónica» que, con intenciones políticas soterradas, apenas sobrevivió un mes con una línea editorial obsoleta que descuidaba lo único que, por entonces, interesaba a los lectores tinerfeños: la guerra. Luego, a finales de mayo, apareció el semanario, pronto bisemanario, «La Patria» que, dirigido por Pedro Rodríguez Bethencourt, siguió la misma suerte que el anterior por su excluyente vocación monárquica, conservadora y católica. Acólito y casi coetáneo, aunque con orientación foránea, fue el también semanario «La Tribuna» que, dirigido inicialmente por Victoriano Hernández, prolongó su vida hasta finales de año centrando su línea editorial en la guerra con una decidida germanofilia que la fuerte presencia de casas alemanas en sus secciones de publicidad dejaban en evidencia. Luego, desde que en octubre fue adquirido por las juventudes mauristas, la causa ideológica doméstica fue primando, gradualmente, sobre la foránea hasta que, finalmente, desapareció a finales de 1915. En definitiva, los periódicos más importantes de la Isla no acusaron la irrupción de nuevos rivales en aquellos desdichados años.

Incidencia de la aledaña crisis económica

Prensa de procedencia anterior

La espectacular y prolongada crisis que sufrió el Archipiélago en el tramo final de la guerra y en la postguerra, ilustrada en los propios periódicos con el mermado e inestable formato de todos ellos por la escasez y carestía del papel, acentuó la tradicional fugacidad de las cabeceras del periodismo tinerfeño. En cualquier caso, aquélla fue una coyuntura selectiva, pues si descontamos al periódico lagunero de tendencia maurista «La Información», que no pudo prolongar su agonía más allá de 1924, los otros supervivientes prosiguieron, aunque con desigual apoyatura, hasta los años de la República.

En efecto, mientras el republicano «El Progreso», salvó la difícil coyuntura amparado en el consistente republicanismo de Santa Cruz; «Gaceta de Tenerife» basculó en los tampoco nada desdeñables sectores conservadores y clericales del interior de la Isla con el impulso del remozamiento que experimentó desde que Adolfo Febles Mora asumió su dirección. Entre uno y otro, «La Prensa» ocupó un lugar de privilegio por las novedades que introdujo tanto en sus aspectos formales como en sus contenidos, más aún cuando conjugaba su creciente vocación informativa con una escrupulosa composición y un indudable progresismo que la hacían atractiva para el grueso del raquíptico sector ilustrado de la Isla.

Prensa de reciente creación

A pesar de la coyuntura crítica, los siempre numerosos ensayos periodísticos de la Isla no cesaron, como tampoco, y ahora más que nunca, los fracasos. Significativamente, los proyectos que más resistieron las enormes dificultades de entonces fueron gestados cuando la crisis ya había tocado fondo. Las intenciones y propósitos de todos ellos, por lo demás, volvieron a bascular desde lo genuinamente ideológico a lo informativo, reapareciendo, aunque marginalmente, tanto los periódicos proletarios como los vocacionalmente literarios y satíricos. Geográficamente, el Valle de La Orotava, al menos, en cuanto a número de cabeceras, adquirió un protagonismo inusual en el periodismo tinerfeño de entonces.

El primer proyecto periodístico del momento y, acaso, el más pretencioso, nació bajo la cabecera «El Imparcial». El naciente diario, dirigido por Joaquín Fernández Pajares, apareció en Santa Cruz a finales de 1916 con un formato manejable y con una vocación informativa que no contradecía su rotunda aliadofilia. Su desapasionamiento político inicial y su simultánea atención a las problemáticas isleña y foránea, aunque iban en consonancia con la demanda del momento, no pudieron contrarrestar los efectos de la coyuntura, desapareciendo con el cese de las hostilidades tras haber intentado encontrar acomodo en las filas del partido liberal aprovechando el cese de «La Opinión». Poco antes, en La Laguna había nacido otro periódico sin tendencia política definida y con recursos muy inferiores, intitulado «La Verdad». Dirigido por Antonio Suárez Amaro, en su tramo central, cuando la crisis arreciaba, centró su línea editorial en la organización de homenajes y otras iniciativas solidarias, evidenciando el desamparo que debió sentir la sociedad isleña en aquella penosa coyuntura. Inicialmente fue bisemanario y luego, desde que acusó los primeros contratiempos, semanario, para prolongar su agonía, tras lanzar un desesperado SOS. a sus conciudadanos, hasta el final de la guerra.

Previamente, a mediados de 1917, había aparecido en la misma ciudad el semanario satírico «Cara-Dura» que, en sus escasos cuatro meses de vida, arremetió indiscriminadamente contra diversos personajes de la vida pública tinerfeña, sufriendo sus redactores alguna que otra de las típicas embestidas intimidatorias de entonces. Contemporáneo suyo pero de vida mucho más fugaz, pues sólo vivió en mayo de 1917, y de orientación diferente, fue «El Evangelio» que, editado en Santa Cruz a días alternos bajo la dirección de Antonio Rodríguez Bethencourt, adoptó una línea editorial marcadamente germanófila. Vida más precaria aún, pues apenas publicó cinco números, conoció el semanario de finales de 1917 «La Pluma» que, dirigido por Virgilio Díaz-Llanos y redactado por otros jóvenes de Santa Cruz, destacó más por el periodismo de evasión que llevó a cabo homenajando a personajes diversos en aquella calamitosa coyuntura, que por su cometido informativo.

En el verano de 1918 apareció en Santa Cruz «El Regionalista», órgano de la formación política «Unión Regionalista», recientemente gestada en la Isla a remedo del movimiento catalanista de Cambó. Dirigido por Juan Franchy, el inoportuno diario político desapareció tras el descalabro que sufrieron sus patrocinadores en las inmediatas elecciones municipales. Luego, en marzo de 1919, en la localidad norteña de Icod de los Vinos nació el semanario informativo «La Comarca» que, dirigido por Emeterio Gutiérrez López, sobrevivió hasta finales de 1923 centrado en la problemática local con el beneplácito y el arropamiento del vecindario. También en Santa Cruz nació otro semanario por entonces, aunque con vocación independiente, «La Verdad», que con evidente modestia vivió desde abril de 1922 hasta comienzos del año siguiente.

En aquella grave coyuntura, el Valle de La Orotava registró la irrupción de periódicos en número y variedad desconocidos⁵. En 1917, esto es, en plena guerra europea, en la Villa nació el semanario «El Adalid» que, dirigido por Vicente Afonso Camejo, centró su línea editorial en la problemática local, logrando editar, al menos, 17 números. Coetáneo suyo fue el igualmente semanario, aunque republicano y editado en el Puerto, «El Clamor Público» que, bajo la dirección de Domingo Pérez Trujillo, conoció una trayectoria aún más modesta. Pero fue en la postguerra cuando realmente proliferaron las cabeceras en el Valle. A comienzos de 1920, y

⁵ Véase el catálogo de periódicos del Valle realizado por Carmen Milagros GONZÁLEZ y cols.: *La prensa del Valle de La Orotava (1880-1930)*, Ayuntamiento del Puerto de la Cruz y Editorial Labris, La Laguna, 1986. Dado que los datos que ofrece esta obra proceden, mayoritariamente, de los expedientes de constitución de los periódicos y de las señas de identidad de las cabeceras fundacionales, para atisbar las interioridades del sector, hemos procedido al estudio de los que conserva la hemeroteca de la Universidad de La Laguna.

bajo la dirección de Antonio Herreros, era impreso en la Villa el bisemanario «Norte de Tenerife»; el año siguiente, y bajo el mecenazgo de Antonio Lugo Massieu, «El Campo», que era distribuido gratuitamente en pro del arbolado canario; y dos años más tarde, el semanario de corte amarillista «Heraldo de Orotava» que, bajo la dirección de Francisco Dorta y Jacinto del Castillo, apenas sobrevivió entre marzo y julio de 1923. Esta localidad también registró el nacimiento de dos semanarios proletarios en plena postguerra, a saber, «La Voz del Obrero» que, bajo la sucesiva dirección del albañil Juan García Lima y del sastre Francisco Rivero Álvarez, estuvo en circulación en el verano de 1920; y «La Nueva Libertad» que, dirigido por Francisco Rivero Álvarez, conoció una existencia algo más prolongada durante 1921. Por entonces, el Puerto gestó otro periódico progresista, el semanario de tendencia republicana «La Voz del Pueblo» que dirigió Domingo Pérez Trujillo.

Aquellos desdichados años vieron nacer en La Laguna dos periódicos de cierto sesgo altruista. En abril de 1921 nació el semanario «El Ideal Lagunero» que, dirigido por Luis Méndez Franco, intentó sobrevivir al calor del estudiantado universitario y del vecindario en general, lo que sólo consiguió entre abril y octubre de 1921. En la misma línea juvenil, en noviembre de 1921 nació en esa ciudad el quincenal «La Voz de Junonia» que, dirigido por José Bethencourt Padilla y redactado por varios estudiantes gomeros, intentó en vano sobrevivir al margen de los poderes fácticos de aquella isla, prolongando su audaz aventura hasta mayo de 1924 merced al apoyo de los gomeros emigrados en Cuba. En definitiva, tampoco los desdichados años de la postguerra registraron proyectos informativos de consideración en la Isla.

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA Y LA II REPÚBLICA

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL PERÍODO

Una vez que el Archipiélago superó la crisis de la guerra y postguerra europeas, el periodismo tinerfeño inició un audaz remozamiento en sus vertientes instrumental e informativa, a remolque del crecimiento económico de los años veinte. En efecto, conforme decursó la década, mientras la irrupción de rotativas y fotograbados modernizaba la impresión de los periódicos, éstos observaban que cada vez era más factible sobrevivir adoptando líneas estrictamente informativas. Comoquiera que la dictadura cercenó las reminiscencias ideológicas precipitando a los periódicos a cometidos netamente informativos, aunque coaccionara la labor de todos ellos, no frenó el proceso. Gradualmente, unos más que otros, devolvieron

su atención hacia la problemática foránea, aunque no existiese un reclamo como el de la guerra ni canales de comunicación más fluidos, al menos, hasta los años treinta, cuando el teléfono acercó algo más la problemática extraisleña al Archipiélago. El proceso conllevó la diversificación de contenidos y la adopción de estrategias sensacionalistas, en esencia, para atraer concurrencia. El incremento de ilustraciones; la mayor atención a los deportes, al cine y a los espectáculos en general; la proliferación de páginas especializadas, algunas dirigidas específicamente a la mujer; los robustecidos paginados; y la estructuración temática en secciones cada vez más consistentes y con titulares más atractivos; fueron los reclamos más recurridos para captar clientela.

El crecimiento económico de los años veinte y, en concreto, su incidencia en Santa Cruz, fue el motor de la modernización del periodismo tinerfeño. El incremento de la potencial clientela de lectores por la subida del nivel de vida y la regresión del analfabetismo; junto a la irrupción de la publicidad como estrategia comercial lucrativa, acaso, en mayor grado que los otros factores, fueron los desencadenantes más directos del proceso. En efecto, desde que los anunciantes, percatados del creciente influjo en el mercado del señuelo publicitario, eligieron los periódicos por su difusión en vez de por afinidades ideológicas, trastocaron las bases del periodismo tinerfeño de anteguerra. Más aún, cuando los anuncios, paulatinamente, generaban ingresos más substanciosos que las ventas. Junto a la disipación de los antiguos cotos ideológicos de difusión, los periódicos observaban la creciente irrupción de una clientela apolitizada que demandaba, simple y llanamente, información. Así, los que sintonizaron con los nuevos tiempos trascendieron los reducidos y, con la dictadura, debilitados, círculos políticos de circulación tradicional, exclusivamente, con la renovación y hermosteamiento de contenidos. Casi imperceptiblemente, la estructura financiera del sector había invertido sus montantes de anteguerra, pues los ingresos por publicidad a finales de los años 20 duplicaban, con creces, a los de las ventas. Así nacieron las primeras empresas periodística de la Isla, evidentemente, en la medida de su contexto, lo que no admite comparaciones con las peninsulares. En definitiva, crecientes ventas en función de información puntual atraían lectores, publicidad y, por ende, permitían la emancipación a los periódicos.

En los años de la República, culminó el proceso con la recuperación de la libertad de expresión. Con ello, las Islas conocieron la etapa que George Weill nominó «edad de oro» de la prensa, caracterizada por el monopolio informativo ejercido por el periodismo escrito cuando, habiendo distendido sus ataduras ideológicas, no acusaba aún la competencia de la radio. El tránsito culminó en Tenerife con sesenta años de demora respecto a las zonas punteras del Estado, en consonancia con el rezago so-

cioeconómico isleño. A partir de entonces, los periódicos forjados por los partidos quedaron relegados al papel marginal que ocupan en los sistemas informativos modernos. En definitiva, en el período de entreguerras el periodismo tinerfeño deambuló desde etapas ideológicas a otras genuinamente informativas.

ESTUDIO PUNTUAL DEL PERIODISMO TINERFEÑO POR SECTORES

Prensa superviviente al marasmo bélico

Indudablemente, «La Prensa» fue el periódico que con mayor acierto interpretó los nuevos tiempos. Así, conforme decursaron los años veinte profundizó en su vocación informativa, mejoró su presentación adquiriendo rotativa y fotograbado, amplió su espacio informativo hasta las ocho páginas y adoptó los primeros patrones de sensacionalismo. Luego, a finales de 1932, con la contratación del periodista madrileño Félix Centeno como redactor-jefe, homologó su estructura informativa a los diarios punteros del Estado. Por entonces, sus ventas ordinarias, aunque superaban con creces los cinco mil ejemplares, le reportaban sólo el 30% de sus ingresos frente la 70% que generaba la publicidad; al tiempo que contaba con una veintena de asalariados.

Los otros periódicos supervivientes, el republicano «El Progreso» y el católico-conservador «Gaceta de Tenerife», no supieron distender sus ataduras ideológicas a tiempo, por lo que continuaron agazapados dentro de su correligionariado sin apenas introducir modificaciones. La penosa evolución de ambos durante la República terminó para «El Progreso» en 1932, mientras «Gaceta de Tenerife» consiguió sobrevivir con el apoyo de sectores afines hasta después de la insurrección del general Franco. Por su parte, el periódico pedagógico superviviente, «Eco del Magisterio Canario», tanto en la dictadura primo-riverista como en la República, mantuvo una línea editorial acorde a los nuevos tiempos con sucesivas renovaciones en su redacción.

Prensa nacida al calor del crecimiento económico

Indudablemente, el proyecto más atinado de los años 20 fue el diario vespertino de Santa Cruz, «La Tarde». Nacido en 1927 tras la división provincial bajo la dirección de Víctor Zurita, el nuevo diario tinerfeño sintonizó tan acertadamente con su contexto, que a una línea editorial genuinamente informativa, y que servía a deshora de «La Prensa», añadió el

radical tinerfeñismo demandado en la Isla por el reciente «despojo», lo que, al unísono, lo catapultaron tras los pasos del diario de Leoncio Rodríguez. Con tales bases, en los años de la República era el segundo periódico de la Isla⁶.

Un año antes que «La Tarde», en La Laguna había nacido el también diario vespertino «Las Noticias» que, dirigido por su propietario, Narciso de Vera, optó por una línea editorial ultramontana. Su conservadurismo salió a relucir, sobre todo, en las inmediatas elecciones a la caída de Primo de Rivera, cuando adoptó posturas propias de un órgano de partido en favor de la candidatura monárquica al Ayuntamiento de La Laguna. Luego, tras algunos titubeos, renovó su presentación y adquirió un tono más informativo bajo la dirección de Antoni Martí, lo que sirvió para poco, pues desapareció a comienzos de 1932.

Los otros periódicos que nacieron en los años veinte, o bien bascularon dentro de las bases ideológicas del régimen o especializaron su línea editorial. De carácter pedagógico fue la publicación mensual orotavense «Voz del Magisterio Canario» que, dirigido por José Delgado Marrero, vivió entre finales de 1922 y comienzos de 1924 con una línea editorial escasamente reivindicativa. Por entonces, la recientemente restaurada Universidad de La Laguna comenzó a editar la «Revista de Historia Canaria», pionera de las de su género a nivel de todo el Estado. Luego, y en sintonía con el catolicismo del régimen, en La Laguna nació el semanario «La Cruz», que dirigido, sucesivamente, por Manuel Acuña y Domingo Verdugo Bartlett, estuvo dando tumbos desde el verano de 1925 hasta el otoño de 1926, cuando desapareció a pesar del apoyo del ayuntamiento lagunero. Con carácter literario vivió a mediados de 1927 el semanario «Horizontes» que, dirigido por Saturnino Tejera, fue algo así como un satélite periodístico del diario «Las Noticias». Del mismo año y compartiendo su carácter literario, pero en línea vanguardista y de élite, data la revista mensual «La Rosa de los Vientos» que, impulsada por Juan Manuel Trujillo, abrió sus páginas a ámbitos extraisleños involucrando a los literatos canarios de más renombre del momento. También el Valle de La Orotava vio nacer otros periódicos en aquellos años, caso de «La Voz del Valle», que vivió a comienzos de 1928 con vocación literaria teñida del amarillismo caracterizante de la dictadura; de la coetánea «La Atlántida» que, bajo la dirección de Agustín Santos, nació con la misma vocación pero con un tono más pretencioso; y la dos años posterior y aún más efímera «Pro-

⁶ Para más detalles, véase el trabajo de Julio Antonio YANES MESA: «El feroz tinerfeñismo del diario “La Tarde” en su etapa fundacional», en *Tebeto VII. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1994, pp. 83-110.

paganda Industrial y Comercial» que, editada por los sectores económicos del Puerto de la Cruz para atraer turismo, fue distribuida gratuitamente dentro y fuera del Archipiélago.

Con la implantación de la República reapareció la prensa ideológica, si bien, para ocupar un papel marginal en el panorama periodístico de la Isla, donde ya prevalecían dos diarios tan inequívocamente informativos como «La Prensa» y «La Tarde». Los que así no lo entendieron, conocieron un rotundo fracaso aunque su ideario fuera a favor de corriente, esto es, obedeciera al credo republicano. Es el caso del semanario «Actualidades» que apareció a comienzos de 1932; del diario «El Día», que lo hizo a los tres meses bajo la dirección de Ildefonso Maffiotte; y, sobre todo, del también diario «Hoy» que, promovido por el partido republicano tinerfeño mediante la sociedad anónima «Editorial Tenerife», con el naviero Alvaro Rodríguez López como más que probable principal accionista, apareció otros tres meses más tarde bajo la dirección de José María Benítez Toledo. En efecto, los tres, sobre todo el último, protagonizaron un rotundo fracaso al intentar competir con los periódicos informativos del momento. Indudablemente, el caso de «Hoy» fue el más clamoroso, pues contó con un formidable despliegue inicial y el basto correligionariado que le prestó la formación política hegemónica en la Isla. Aún así, tras experimentar una indudable expansión inicial a costa de sus predecesores, a los que absorbió clientelas, alcanzó de inmediato el techo de su proyección social por su autolimitación ideológica, para entrar en una paulatina y profunda crisis de la que no pudo salir, a pesar de sus denodados esfuerzos, hasta que, finalmente, desapareció con las elecciones de 1936, cuando a su crisis específica se sumó la de su promotor⁷. Un proyecto obsoleto de la misma índole, aunque de orientación contrapuesta, fue el diario vespertino «La Razón» que, dirigido por Antonio Martí, apareció en La Laguna a finales de 1932 con un claro regusto conservador. Otros géneros periodísticos, caso del satírico, también reaparecieron en la República, siendo «Rompe y Rasga» la cabecera que más notoriedad alcanzó por entonces.

En un plano más modesto, ya sin pretensiones informativas, hubo periódicos ideológicos de todas las tendencias imaginables. Específicamente republicanos fueron los semanarios «Proa», gestado por la Juventud Republicana de Santa Cruz, «República» y «14 de Abril», éstos promovidos por comités locales de facciones políticas de ámbito estatal. De ca-

⁷ Para más detalles, véase el trabajo de Julio Antonio YANES MESA: «El diario político “Hoy”: un anacronismo informativo en Tenerife durante la II República», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 38, Patronato de la Casa de Colón, Madrid-Las Palmas, 1992, pp. 603-640.

rácter socialista fueron los semanarios «El Socialista», luego, «Rebelión», el orotavense «Decimos...», que dirigió Lucio Illada, y el periódico pedagógico de la UGT «Obreros de la Cultura». Comunista fue «El Obrero Rojo»; anarquista, «En Marcha» de la Federación Obrera de Santa Cruz; y de talante sindical sectorial, «El Inquilino». Por la derecha del republicanismo aparecieron, entre otros, los semanarios «El Norte» y «Control», promovidos en el Valle de La Orotava por los sectores agrarios de la Isla; y «La Hora», órgano del efímero partido insularista de Santiago García Sanabria, «Acción Tinerfeña».

En definitiva, en los años de la República la caracterización del periodismo tinerfeño era antitética a la de anteguerra.

EL FRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL PERÍODO

El golpe militar del general Franco y la subsiguiente guerra civil cercenaron, fulminantemente, la brillante y fugaz etapa que el periodismo tinerfeño paladeaba en la República. De inmediato, los dos diarios más importantes de la Isla, «La Tarde» por voluntad propia y «La Prensa» a instancias de los insurrectos, quedaron relegados, como antaño, al papel de meros órganos políticos y, para colmo de males, sin rivales con los que al menos disentir. A su vez, la toma de la naciente radio club de Santa Cruz por los golpistas y su utilización con fines propagandísticos, pusieron el punto final al monopolio informativo que hasta entonces había ejercido el periodismo escrito en la Isla. Al poco tiempo, la profunda crisis económica del Archipiélago y, en particular, la nueva escasez de papel por la coyuntura bélica, fue recortando paginados y empobreciendo contenidos hasta dejar a los periódicos tinerfeños con caracteres obsoletos. A su vez, la feroz conjunción ideológica que impuso el triunfante régimen hizo que el proselitismo, la unanimidad y la intransigencia desplazaran a la pluralidad y a la controversia caracterizantes del periodismo de los años de la República.

Tras la guerra, el periodismo tinerfeño quedó anclado en un profundo atolladero tanto desde el punto de vista argumental, por la censura previa y el control gubernamental de la información foránea; como del formal, por las estrecheces económicas de la larga postguerra. Eran años de auténtica calamidad para los periódicos que, además de la crisis económica y la radical injerencia del régimen, acusaban la creciente proliferación de la radiodifusión en la Isla. La penosa coyuntura sólo comenzó a ceder tras el plan de estabilización de 1959 y, más específicamente aún, desde que el

sector turístico comenzó a tirar de la economía canaria y, a su calor, las tasas de analfabetismo volvieron a retroceder. Sólo a partir de entonces, el periodismo tinerfeño reemprendió su trayectoria modernizadora, inicialmente, en su vertiente tecnológica, para, desde que la llamada ley Fraga de 1966 distendió el marco jurídico, abarcar también, aunque sólo tímidamente, la vertiente de contenidos. El incremento de paginados y tiradas, las mejoras en la composición y en la presentación y el desarrollo financiero y empresarial del sector, fueron los factores más notorios del proceso. Simultáneamente, y ante el paralelo progreso de la radiodifusión y la irrupción de la televisión, los periódicos iban asumiendo cometidos más propiamente explicativos que informativos al no poder competir con aquellos medios en el servicio de la actualidad.

El proceso culminó en los años de la transición democrática, cuando el periodismo escrito asumió un papel crucial en la Isla, tal y como evidencian las reiteradas sanciones gubernativas, superando en compromiso social al radiofónico y al, por lo demás, maniatado de la televisión. Luego, el marco de libertad que configuró la constitución de 1978, el remozamiento de los talleres con la introducción de la fotocomposición y la informática y la decisiva contracción del analfabetismo, confirmaron su asunción del rol y poder social caracterizantes del periodismo de las áreas más desarrolladas del Estado.

ESTUDIO PUNTUAL DEL PERIODISMO TINERFEÑO POR SECTORES

Prensa ideológica del primer franquismo

Desde que estalló la guerra civil, Tenerife presenció la irrupción de diversos periódicos editados, específicamente, por facciones del bando sublevado, la mayoría a periodicidades discontinuas y todos con una trayectoria tambaleante y fugaz. «Patria» y «Arriba España» de Falange Española; «Criterio», del círculo de Acción Católica de la parroquia de la Concepción de La Laguna; «Consigna», del Frente de Juventudes; «Acción Femenina», del SEU; «Rollo y Metralla», de las milicias universitarias de Hoya Fría; otro «Arriba España», éste del SEU; y un largo etcétera de titulares similares con connotaciones facciosas, hicieron su aparición en los primeros años del franquismo. Entre ellos, el más pretencioso fue el diario «Amanecer» que, editado en Santa Cruz por Falange Española, apareció desde agosto de 1937 hasta febrero de 1939 cuando, por disposiciones orientadas a la reducción de los diarios matutinos a uno por provincia, las autoridades insulares decretaron su fusión con el viejo y prestigioso diario «La Prensa». Así nació «El Día», el órgano oficial del ré-

gimen en la Isla durante el primer franquismo. Por entonces, éste y «La Tarde», que pudo proseguir en calidad de diario vespertino, configuraban la cúspide del depauperado periodismo tinerfeño, pues la vieja «Gaceta de Tenerife», la decana de la prensa tinerfeña, que a duras penas sobreviviera en los años de la República, había desaparecido desde que consideró cumplida su misión, esto es, cuando vio a España con un marco jurídico-político afín al que con tanto empeño defendiera⁸.

Otros periódicos nacidos con el régimen

En los años centrales del franquismo volvieron a proliferar las cabeceras, aunque en menor medida que en años anteriores y, sobre todo, con caracteres de marginalidad dentro del panorama periodístico tinerfeño que hegemonizaban «El Día», en buena medida, al calor de la antigua clientela de «La Prensa», y «La Tarde», que satisfacía su vocación periodística, en lo que podía, con el recurso subliminal, sobre todo, en su separata «Gaceta Semanal de las Artes». Algunos periódicos nacieron con tendencia ideológica afín al régimen; otros con línea editorial especializada aunque, evidentemente, muy mediatizada por el contexto; y los menos con ciertas pretensiones informativas. Específicamente del régimen fueron «El Domingo», que apareció a mediados de los años cuarenta a periodicidad mensual como órgano de la Asesoría Eclesiástica del Sindicalismo; y la similar «Hoja Informativa del Servicio Provincial de Formación Sindical» que lo hizo a mediados de los setenta.

Dentro del periodismo pedagógico, a poco de terminar la guerra desapareció el viejo «Eco del Magisterio Canario» que, en consonancia con su consabida versatilidad, desde la sublevación militar había quedado al lado de los insurrectos bajo la dirección de José Delgado Marrero. Poco antes, había nacido el quincenal «Escuela Azul», órgano oficial, inicialmente, de la Delegación de Educación Nacional de Falange Española y, poco después, del Servicio Español del Magisterio, cometidos con los que sobrevivió, al menos, hasta finales de 1952. Desvinculado del régimen nació en los años sesenta «Nuestro Boletín» que, dirigido por Francisco Felipe Torres, estuvo orientado, exclusivamente, a facilitar los trámites burocráticos de los maestros olvidando, comprensiblemente, la línea guerrillera y reivindicativa que caracterizara al sector en períodos precedentes.

⁸ Véase el artículo de Julio Antonio YANES MESA: «“Gaceta de Tenerife” o la obstinación de un diario católico-conservador», en *Revista de Historia Canaria*, n.º 177, Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 175-200.

En los años iniciales del régimen nació en la Isla la prensa especializada en deportes, indudablemente, la única que sobrevivió con un mínimo de consistencia en aquellos difíciles años. La mayoría fueron semanarios desligados del régimen que aparecían los lunes para informar de la jornada del día anterior. El pionero fue «Aire Libre», que sobrevivió más de veinte años, en concreto, entre 1943 y 1965. De 1948 data el fugaz «Suplemento Deportivo» que, editado por el SEU de La Laguna y, por tanto, ofreciendo la información deportiva desde parámetros del régimen, no encontró el respaldo deseado en los aficionados al deporte. Dos años después apareció «La Hoja del Lunes» que, editada por la Asociación de la Prensa de Tenerife, procuró compaginar la información deportiva con la general hasta que desapareció en 1982. En 1953 había nacido el único que sobrevive en la actualidad, «Jornada Deportiva» que, bajo la dirección de Domingo Rodríguez, apareció con enormes alardes sensacionalistas sabiendo hacer un hueco al arte y a la cultura. Con menos fortuna, otros semanarios intentaron cubrir la víspera de la jornada, caso del efímero «Viernes Deportivo» que apareció a mediados de 1955.

Los periódicos con vocación informativa que nacieron por entonces, lo hicieron dentro de una gran modestia, pues ninguno apareció a periodicidad diaria, lo que unido al sojuzgamiento del contexto, los precipitó al más almidado amarillismo sin poder ofrecer siquiera, por su discontinuidad, la actualidad. Entre otros aparecieron, «Aguere» que, dirigido por Luis Álvarez Cruz, sobrevivió entre 1952 y 1953; «La Voz de la Isla» que, como órgano de información turística, apareció en el Puerto de la Cruz entre 1958 y 1959; «Anaga» que lo hizo en 1960 para, al cabo de un año, aceptar el papel de órgano sindical y, luego, intentar sobrevivir bajo la dirección de Antonio Martí, lo que consiguió hasta mediados de 1967. El efímero «Correo de Tenerife» que, dirigido por Domingo García, acentuó el amarillismo de la prensa de la época en sus escasos meses de permanencia en 1964. Pero, indudablemente, de todos ellos, fue «Tenerife» el semanario más pretencioso y de trayectoria más prolongada. Nacido con periodicidad quincenal a mediados de 1954 bajo la dirección del infatigable Antonio Martí, antes de finalizar el año ya era semanario. Luego llevó una trayectoria titubeante, cambiando de formato casi anualmente, buscando apoyo en distintos sectores, entre otros el turismo, para desaparecer en 1973 cuando, desde cinco años atrás, había tenido que adoptar una periodicidad mensual.

Con carácter especializado, bien literario o de índole diversa, continuaron apareciendo diversas publicaciones a lo largo del franquismo. «Mensaje», editada en 1945 y 1946 por la sección de Literatura del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz; «Canarias», editada en La Orotava en los años cincuenta con el consabido amarillismo de la época; y «Optimismo»,

boletín de la Fraternidad Católica de enfermos de Tenerife; son titulares que ilustran las interioridades del sector. De todas estas revistas, probablemente, la efímera «Momento Canario» que, dirigida por Alberto Vázquez Figueroa y con vocación regional, intentó afrontar la defensa del entorno y cultura canarios en los años de la irrupción del turismo, fue, quizás, la única de cierto compromiso social que debió resultar algo incómoda al régimen.

*El periodismo tinerfeño más reciente*⁹

De los viejos periódicos tinerfeños, «El Día», que desde el fallecimiento de Leoncio Rodríguez en 1955 fue restituido a sus herederos, retomó pronto el papel de vanguardia de su antecesor, «La Prensa», dentro del periodismo tinerfeño. En su trayectoria destacan dos etapas, a saber; el tramo final del franquismo, cuando bajo la dirección de Ernesto Salcedo Vilchez adoptó una línea beligerante con el régimen; y la etapa más reciente, desde que José Rodríguez Ramírez asumió su dirección, caracterizada por sintonizar con el pulso de la sociedad tinerfeña. Ambas, permitieron que fuera el primer periódico canario que introdujo la fotocomposición y la informática en sus talleres al calor de su espectacular expansión durante los años setenta y ochenta. En la actualidad, su tirada ordinaria rebasa ampliamente los veinte mil ejemplares, cifra que ronda los treinta mil en los días festivos. Junto a «Jornada Deportiva», desde 1980 convertida en diario vespertino de información general sin menoscabo de su especialización deportiva, es propiedad de la empresa «Editorial Leoncio Rodríguez, S.A.». El otro diario, «La Tarde», cuya dirección tras la desaparición de Víctor Zurita fue asumida por Alfonso García-Ramos, no pudo proseguir más allá de 1982, acaso, por quedar obsoleta su hora de aparición lo que, a su vez, le impidió renovar su infraestructura tecnológica y, por ende, frenar el drenaje de su clientela hacia el rival.

Junto a los dos supervivientes, «El Día» y «Jornada Deportiva», el periodismo tinerfeño más reciente ha presenciado la irrupción de dos nuevos diarios informativos. El primero de ellos, «Diario de Avisos», es el ac-

⁹ Dado que hasta el momento este es el período menos investigado por nosotros, inevitablemente, su contenido sobrelleva un componente hipotético que esperamos dilucidar, bien confirmando, matizando o corrigiendo nuestras apreciaciones, con investigaciones puntuales en un futuro no muy lejano. De momento, ofrecemos datos que proceden de una prospectiva general que hemos efectuado sobre los fondos documentales de la hemeroteca de la Universidad de La Laguna y de la obra de Ricardo ACIRÓN ROYO: *La prensa en Canarias. Apuntes para su historia*, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1986, pp. 89-102.

tual decano de la prensa canaria pues, datando del siglo anterior, fue adquirido y trasladado, en 1976, por la empresa CANAVISA desde Santa Cruz de La Palma a su homónima de Tenerife. Confiada desde entonces su dirección a Leopoldo Cabeza de Vaca, ha homologado su infraestructura tecnológica a la de «El Día» alcanzando una tirada ordinaria que supera los diez mil ejemplares. El último ensayo periodístico de Tenerife, «La Gaceta de Canarias», data de finales de 1989. El engendro, que apareció bajo la mancomunada dirección de «Martín Carmelo» con resuelta vocación regional, luego, con la asunción de su dirección por Jorge Bethencourt, entró en etapas más sólidas conforme centró su línea editorial en la problemática específica de la Isla, trayectoria que no ha abandonado su actual director Enrique Rey.

Por debajo de estos «grandes» diarios, desde la desaparición del franquismo la Isla ha presenciado una espectacular proliferación de publicaciones periódicas de la más diversa índole, pues al incremento de las literarias, sectoriales y profesionales, se han sumado las políticas y sindicales. Todas, en conjunto, conforman ese abigarrado, nutrido y, ahora más que nunca, marginal sector del periodismo tinerfeño.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En este apretado bosquejo de la evolución del periodismo tinerfeño en el siglo xx, hemos intentado, no sabemos con qué suerte, simultanear los enfoques a medio y corto plazo. A tal fin, hemos antepuesto a cada etapa su caracterización general para, a continuación, recrear sus interioridades ofreciendo las pinceladas más significativas de los periódicos del momento. Oteando el panorama desde una atalaya más distante, globalizadora de todo el siglo, atisbamos una etapa inicial fuertemente politizada que, paulatina y complejizadamente, evoluciona hacia otra resueltamente informativa que, a su vez, y de inmediato, prosigue, no sin menos contradicciones, hacia la actual, eminentemente explicativa. A un nivel propiamente estructural, observamos la paulatina y paralela irrupción del periodismo de empresa en la Isla y, concomitantemente, la capitalización y concentración de cabeceras en el sector. En el trasfondo del proceso detectamos dos coyunturas económicas expansivas en marcos sociopolíticos amordazantes, a saber, el desarrollo frutero de los años veinte en la dictadura primo-riverista, motor de la primera transición; y el desarrollo turístico a partir de finales de los sesenta en la dictadura franquista, motor de la segunda. Y tras cada una de ellas, dos coyunturas críticas en un marco de libertad de expresión no menos trascendentales, a saber, los años de la II República, donde culmina el periodismo informativo; y los años de la

transición democrática, donde lo hace el explicativo. Desde el punto de vista geográfico-espacial, la modernización del periodismo tinerfeño conllevó una paulatina reducción de su implantación en la Isla, pasando de residir en toda la vertiente norte a hacerlo sólo en la conurbación que ha forjado la capital. El sur, pues, en consonancia con su tardío desarrollo económico, quedó relegado de todo protagonismo activo en ésta, como en tantas otras, vertientes culturales de la vida tinerfeña¹⁰.

Evidentemente, debajo de esta somera síntesis, sobre todo, en su tramo más reciente, queda mucho donde escarbar para perfilar contornos, entrañas y alcances a corto plazo y, por ende, «trincar» con mayor precisión el discurrir del periodismo tinerfeño por el siglo xx. De todo ello, y ampliando su ámbito a siglos precedentes, seguimos ocupándonos y esperamos poder ofrecer resultados en un futuro no excesivamente lejano. Su posterior cotejo con otras investigaciones históricas en el Archipiélago permitirá, con el rigor que nuestra disciplina demanda, insertar la Historia del Periodismo Canario en el seno de la Historia del Periodismo Español. La paralela contribución de otros especialistas (léase: periodistas, filólogos, sociólogos, etc.) con trabajos complementarios a los nuestros por responder a enfoques necesariamente diferentes, deberá permitir la intelección del periodismo tinerfeño, y canario en general, en todas sus resultantes conforme evolucionó a lo largo del tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- ACIRÓN ROYO, Ricardo: *La prensa en Canarias. Apuntes para su historia*, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1986.
- ALBERT, Pierre: *Historia de la Prensa*, Ediciones Rialp, Madrid, 1990.
- GONZÁLEZ CHÁVEZ, Carmen Milagros y cols: *La prensa del Valle de La Orotava (1880-1930)*, Ayuntamiento del Puerto de la Cruz y Editorial Labris, La Laguna, 1986.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo: *Información y propaganda en la Prensa del Movimiento. «Libertad de Valladolid», 1931-1979*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1994.
- PAZ SÁNCHEZ, Manuel de: «Nuevos documentos sobre Secundino Delgado», en *ROA. Revista del Oeste de África*, n.º 9, Centro de Estudios Africanos, La Laguna-Las Palmas, octubre de 1990, pp. 7-76.

¹⁰ Que sepamos, el único intento de crear un periódico en el sur de Tenerife, por lo demás, frustrado, surgió en la Villa de Güímar tras la conclusión de la guerra europea, cuando varios jóvenes de la localidad intentaron fundar un semanario literario (véase: *La Prensa*, 25-1-1919).

- SEOANE, María Cruz, y SAIZ, María Dolores: *Historia del periodismo en España, 3. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- TIMOTEO ÁLVAREZ, Jesús, y cols: *Historia de los medios de comunicación en España (1900-1990). Periodismo, imagen y publicidad*, Editorial Ariel, Barcelona, 1989.
- YANES MESA, Julio Antonio: *Leoncio Rodríguez y «La Prensa»: una página del periodismo canario*, Cabildo Insular de Tenerife, Caja General de Ahorros de Canarias y Editorial Leoncio Rodríguez, S. A., Santa Cruz de Tenerife, 1995.
- «El diario político «Hoy»: un anacronismo informativo en Tenerife durante la II República», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 38, Patronato de la «Casa de Colón», Madrid-Las Palmas, 1992, pp. 603-640.
 - «El feroz tinerfeñismo del diario “La Tarde” en su etapa fundacional», en *Tebeto VII. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1994, pp. 83-110.
 - «El diario conservador “El Tiempo”: una víctima informativa del “Pleito Insular” en los años de la Restauración», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 40, Patronato de la «Casa de Colón», Madrid-Las Palmas, 1994, pp. 547-593.
 - «“Gaceta de Tenerife” o la obstinación de un diario católico-conservador», en *Revista de Historia Canaria*, n.º 177, Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 175-200.